

IDEAS QUE IMPRIMEN CARÁCTER: NARRACIÓN, RETRATO Y OTRAS MANIOBRAS DE DISTRACCIÓN EN LA *HISTORIA DE LOS HETERODOXOS*

[...] todos [los krausistas] hablaban igual, todos vestían igual, todos se parecían en su aspecto exterior, aunque no se pareciesen antes, porque el krausismo es cosa que imprime carácter y modifica hasta las fisonomías, asimilándolas al perfil de D. Julián [Sanz del Río] o de D. Nicolás [Salmerón]. Todos eran téticos, cejjuntos, sombríos; todos respondían por fórmulas hasta en las insulseces de la vida práctica y diaria; siempre en su papel; siempre *sabios*, siempre absortos en la *vista real* de lo absoluto. Sólo así podían hacerse merecedores de que el hierofante les confiasse el tirso en la sagrada iniciación arcana (p. 950).¹

La *Historia de los heterodoxos españoles* de Marcelino Menéndez Pelayo, desde su aparición en Madrid entre 1880-1882, es una de las obras claves de la historia literaria y del pensamiento español. Su influencia directa e indirecta ha sido, como ocurre con todo proyecto fundado en tal espíritu sistemático y tan vasta recopilación de fuentes,

¹ Todas las citas corresponden a la *Historia de los heterodoxos españoles* impresa en la Biblioteca de Autores Cristianos (Editorial Católica, Madrid 1978, 2 vols.), concretamente a los libros VI, VII y VIII, que cubren el periodo desde la guerra de Sucesión hasta 1882, contenidos en el tomo segundo de esa edición.

mucho mayor que su aceptación ideológica. Este trabajo tan ambicioso —tan arrogante, cabría añadir— por parte de un erudito veinteañero, que aún tenía por delante varias décadas de erudición y proyectos igualmente ambiciosos, gozó a lo largo del tiempo de una recepción dispar: su sectarismo le convirtió en un ídolo venerado casi de modo religioso por la España reaccionaria y detestado por la España progresista, pero el fundamento académico del trabajo, bien documentado, bien estructurado y deliciosamente escrito, lo hizo referencia indispensable para partidarios y detractores. De hecho, el modo tan extenso e intenso en que sus enemigos ideológicos han asumido la lectura histórica de Menéndez, aunque sea para invertir sus juicios de valor, es la mejor prueba del éxito de su empeño intelectual.

Yo no voy a analizar aquí el fondo de esa obra, ni a discutir las ideas que contiene, sino más bien la forma en que las expone y las implicaciones de dicha forma. Menéndez Pelayo estaba obsesionado por el estilo y la técnica literaria: consideraba que un escritor, del género que sea, ha de aspirar a la belleza. En eso siempre fue mucho más creador que erudito, aun siéndolo mucho. Desde luego, la ideología del santanderino pone siempre la verdad por encima de la belleza, y la virtud a años luz del estilo, pero cualquiera de sus lectores habituales conoce con cuánto dolor registra los desfases entre la buena y castiza escritura y el contenido justo y verdadero de las ideas que se transmiten por la escritura. Nunca dejó de reconocer la altura literaria de algunos de sus más detestados heterodoxos, al tiempo que se resignó a alabar la intención y la grandeza de muchos ortodoxos a quienes literariamente no podía menos que detestar.² El paroxismo de desprecio e irrisión que dedica al final de su libro a los krausistas tiene mucho que ver con el hecho de que las ideas que le parecen más disparatadas se junten en ellos con el estilo más patéticamente bárbaro y ridículo. Pero eso ocurre pocas veces: los versos de Quintana, el teatro de Moratín, el donoso casticismo de Gallardo, el talento crítico y la diestra latinidad de Mar-

² «No conoce el siglo XVIII español quien conozca sólo lo que en él fue imitación y reflejo. [...] Justo es decir, para honra de la cultura española del siglo XVIII, que quizá los mejores libros que produjo fueron los de controversia contra el enciclopedismo, y de cierto muy superiores a los que en otras partes se componían. Estos libros no son célebres ni populares, y hay una razón para que no lo sean: en el estilo no suelen pasar de medianos, y las formas, no rara vez, rayan en inamenas, amazotadas, escolásticas, duras y pedestres» (p. 580).

chena, entre otros casos, le obligan a establecer una permanente escisión entre forma y contenido, entre estética e ideología, que en alguien con tal sensibilidad literaria y tan alto aprecio por las bellas letras implicaba un desgarró, sólo compensado por la solidez de sus convicciones religiosas y morales.³

Pero su ideal literario no se expresa sólo en sus juicios sobre tales o cuales autores o libros, sino en su concepción acerca de lo que escribe, en la voluntad de componer una obra de arte al tiempo que desarrolla una historia de las ideas religiosas. Esa voluntad es lo que legitima una lectura como la que aquí propongo, en la que lo que se enjuicia y analiza es la forma literaria escogida, y el grado en que tal forma condiciona el contenido. Mi planteamiento consiste, en efecto, en interpretar el modo como el «polígrafo santanderino» —se me permitirá usar el consabido cliché— se aproximaba en los *Heterodoxos* a caracterizar mediante la técnica del retrato la personalidad de los autores tratados y a construir una estructura narrativa de la heterodoxia: es decir, cómo creaba una determinada imagen negativa de la heterodoxia mediante recursos específicos.

En ese sentido, el trabajo que desarrollaré es un ensayo interpretativo, que no recurre a otra bibliografía ni fuente que no sea el propio texto de Menéndez Pelayo. El punto de partida de mi reflexión es el trato frecuente con la vida y la obra de varios de los autores de finales del XVIII y primera mitad del XIX de los que se ocupó don Marcelino, y de algunos otros semejantes a ellos en los que se emplearon sus seguidores y discípulos intelectuales. Recurriendo con asiduidad a los *Heterodoxos*, se puede enseguida constatar que de forma sistemática se emplean determinados aspectos biográficos y juicios de valor sobre el carácter y la trayectoria de esos escritores para deslegitimar y ridiculizar sus opiniones e ideas, para evitar que se les tome en serio. El intento de desentrañar ese proceso narrativo, que no dudo de calificar como una

³ En su juventud, además, cuando escribió este libro y *La ciencia española*, era mucho más sectario de lo que lo sería en años posteriores, puesto que, siempre dentro de su convicción permanentemente religiosa y conservadora, fue evolucionando desde el integrismo de sus primeros tiempos hacia una posición más templada e independiente. A ese respecto conviene advertir que voy a limitarme al estudio de los *Heterodoxos* tal como fueron concebidos, sin prestar atención a los cambios de criterio, de documentación o de enfoque que fue imprimiendo en muchos de sus contenidos en años sucesivos, durante los cuales su juicio sobre el XVIII mejoró.

«maniobra de distracción», es el objetivo de mi estudio, que ahora paso a desarrollar.⁴

«Estos pormenores personales y minuciosos.»

Hay varios pasajes en las partes de la *Historia de los heterodoxos* que estoy analizando, que muestran de modo indirecto la concepción narrativa que aplica Menéndez Pelayo a su propio trabajo, que implica a su vez una idea de en qué consiste la historia, de la manera como se accede a comprender los actos de los hombres y de las naciones. Habla en un determinado lugar de Moratín, a quien aprecia como escritor y dramaturgo, a quien admira por su puro y sólido clasicismo literario, pero de quien no puede ocultar el hecho —dolorosísimo para él— de que hubiese muerto sin recibir los sacramentos, sin reconciliarse con Dios:

Duras son de decir estas palabras, y más tratándose de nombres rodeados de tan justa aureola de gloria literaria como la que circunda el nombre de Inarco; pero la historia es la historia, y pocas cosas dan tanta luz sobre el espíritu de las épocas como estos pormenores personales y minuciosos (p. 559).

Estos «pormenores personales y minuciosos» son el abono narrativo, pero también interpretativo e ideológico, de la recomposición de esta época que efectúa Menéndez Pelayo. En su relato jamás renuncia a tales detalles personales, sino que intenta dibujar retratos de individuos más que caracterizaciones meramente intelectuales, algo que puede resumirse en el concepto estilístico de «dibujo y colorido», como afirma en otro lugar de su libro, al hablar de la celeberrima historia inquisitorial de Juan Antonio Llorente. Al censurar sus defectos de estilo y de composición, el santanderino reafirma su concepto de lo que ha de ser un libro de historia de las ideas:

⁴ Se puede ver una exposición más breve de mi tesis en el estudio introductorio a José Joaquín de Clararrosa, *Diccionario Tragalológico y otros escritos políticos (1820-1821)*, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitateko Argitalpen Zerbitzua, Bilbao 2006, edición, introducción y notas de Fernando Durán López, pp. 12-16, epígrafe «Dos personas en una: rareza y ejemplaridad de un heterodoxo».

Muchos la comenzaron con ánimo de encontrar escenas melodramáticas, crímenes atroces, pasiones desatadas y un estilo igual, por lo menos, en solemnidad y en nervio, con la grandeza terrorífica de las escenas que se narraban. Y, en vez de esto, halláronse con una relación ramplona y desordenada, en estilo de proceso, oscura e incoherente, atestada de repeticiones y de fárrago, sin arte alguno de composición, ni de dibujo, ni de colorido, sin que el autor acierte nunca a sacar partido de un personaje o de una situación interesante, mostrándose siempre tan inhábil y torpe como mal intencionado y aminorando lo uno el efecto de lo otro (p. 680).

Pormenores personales en el relato, dibujo y colorido en los personajes y en las situaciones, es lo que pide Menéndez Pelayo a una historia tan atrayente como la de la Inquisición, y eso es exactamente lo que él ofrece magníficamente en su *Historia de los heterodoxos*, no menos atrayente, ni menos llena de escenas melodramáticas, crímenes y pasiones.

En ese sentido, Menéndez Pelayo tuvo un gran acierto y un golpe de franqueza cuando tituló su libro *Historia de los heterodoxos*, y no *de la heterodoxia*, porque su objeto va a ser siempre atacar la idea a través del hombre que la concibe o la difunde. Es lógico, pues la idea heterodoxa se aborda como una «depravación y dolencia del espíritu» (p. 324, referido al volterianismo). Es una enfermedad moral e intelectual, fruto de la debilidad, el vicio o los extravíos del alma humana.⁵ Igual que ciertas personas matan, otras escriben libros y excogitan conceptos, y lo hacen por idénticas razones: codicia, maldad, ignorancia, pasión, miedo,

⁵ Las imágenes y el léxico relativo a la enfermedad se repiten a lo largo del libro, casi a cada página. «Hay en la historia de todos los pueblos», dice refiriéndose al Trienio Liberal, «periodos o *temporadas* que pueden calificarse de *patológicas* con tan estricto rigor como en el individuo» (p. 757). Voltaire «ha dado su nombre [...] a cierta depravación y dolencia del espíritu, cien veces más dañosa a la verdad que la contradicción abierta» (p. 324). De Rousseau sostiene que era «ingenio solitario, misantrópico, vanidoso y enfermizo» (p. 384). A Campomanes «le traían fuera de sí las mitras; estaba entonces en su grado máximo de furor cleróforo» (p. 447). Con Antonio Puigblanch se le seca el tintero: «poseído [...] de cierto linaje de hidrofobia, o más bien de antropofágica demencia, muerde y destroza cuanto ve a su alcance. [...] Llegó uno a dudar de la sanidad de cabeza de quien tales cosas y tan contradictorias escribió» (pp. 773-774). Se irán viendo otros ejemplos en las citas que siguen.

carnalidad, ambición y los otros mil vicios que acosan a la estirpe pecadora de Adán y Eva. Y la idea está supeditada a la persona porque no es un producto objetivo de las operaciones racionales. La verdad preexiste a la razón, puesto que ha sido establecida por Dios de modo universal y eterno: una vez que comprendemos que la razón del hombre sólo puede aspirar a acceder imperfectamente a esa verdad preestablecida, cualquier otra idea que se aparte de ella no es sino un subproducto subjetivo de la imperfección del alma humana.

Dicho de otro modo, las ideas ortodoxas muestran la templanza y solidez de un intelecto y un alma bien constituidos, mientras que las ideas heterodoxas provienen de flaquezas de quienes no son capaces de asumir los compromisos personales que la verdad exige. Visto así, para Menéndez Pelayo las ideas heterodoxas son, literalmente, pecados o, todo lo más, enfermedades del hombre. Don Marcelino, pues, realiza una amplia etiología del pecado de heterodoxia, cuya causa ha de ser residenciada en el alma de los heterodoxos como individuos, buscando en sus vidas y personalidades las causas y los síntomas de su mal. Ni que decir tiene que esto tiene importantes repercusiones estilísticas, pues crea una conexión necesaria con un tipo de discurso basado en el relato de hechos y en el retrato de personajes, que sustituye en parte —nunca por completo— el análisis ideológico estructurado que cabría esperar en un libro de historia de las ideas. Con este planteamiento, la heterodoxia, las ideas, adquieren una naturaleza narrativa: pueden ser narradas igual que las biografías de los individuos que las sustentan. De ahí se abre la posibilidad de elaborar una *historia*, una narración de cómo se llega al pecado de heterodoxia, no de modo muy distinto a como Stendhal narra la formación y la conducta de Julien Sorel.

El historiador omnisciente.

Antes de analizar esa etiología de la heterodoxia humana, hay que comprender que Menéndez Pelayo actúa en su obra como el narrador omnisciente y todopoderoso de una novela realista, con un dominio exhaustivo y casi ilimitado de las motivaciones y los pensamientos de sus personajes. Pero una historia de las ideas no es una novela. ¿O sí? Lo cierto es que Menéndez Pelayo se caracteriza por lo que podíamos denominar *estilo asertivo*: su discurso suele constar de un encadenamiento

de aserciones tajantes e indubitadas, que a veces esconden toda una concepción filosófica («todo sistema sin metafísica está condenado a no tener moral», p. 320), o bien atañen a la más pequeña realidad de la vida.

Algún ejemplo podrá ser ilustrativo de hasta qué punto el santanderino «compone» personajes a partir de meras conjeturas, o incluso de auténticas falacias lógicas: del cura Antonio Gavín, que se hizo protestante, reconoce no tener más noticias «que las que se infieren de los prólogos de sus libros» (p. 397). No obstante esta falta de datos, no tiene empacho en asegurar que «todo induce a tenerle por un mal clérigo, sobre todo por la desvergüenza y obscenidad inaudita con que escribió luego» (p. 397), pues sus ataques contra el poder pontificio están sazonados con abundantes «chistes y cuentecillos, casi todos verdes y muchos de una lubricidad monstruosa y desenfrenada» (p. 399), que decía haber oído durante sus estudios teológicos en Zaragoza. Gavín no sostenía haber vivido esas historias, sino haberlas oído contar como ciertas, para así documentar los reproches protestantes contra las malas costumbres del clero católico. Pero Menéndez Pelayo razona al revés: como esas historietas sólo pueden ser falsas, el autor tuvo que escribirlas por pura lubricidad y, por lo tanto, eso demuestra que tuvo que ser lúbrico y desordenado en su vida personal.

Otra muestra de estas suposiciones «lógicas», convertidas en convicción psicológica y afirmadas sin lugar a la duda, la vemos con el judaizante portugués Antonio José de Silva: «vino de muy niño a Lisboa, y es de presumir que, perteneciendo a una familia cristiana sólo en el nombre, y agriada además por la continua vigilancia y persecución del Santo Oficio, hubiera mamado con la leche el rito judaico y el aborrecimiento al nombre cristiano. Creer otra cosa, fuera desconocer del todo la naturaleza humana» (p. 406). Silva fue decapitado y quemado en 1739 en un proceso judicial muy turbio que Menéndez considera viciado en términos legales, aunque a pesar de la falta de pruebas sostiene que «no hay duda» de que era un judaizante relapso. Al parecer, los guardianes de la fe aciertan incluso cuando se equivocan.

El mismo conocimiento del alma humana que sirve para condenar sin pruebas, sirve igualmente para salvar. Aunque Menéndez Pelayo describe a Olavide como un perfecto arribista sin escrúpulos, decide creer a pies juntillas en la sinceridad de su arrepentimiento y retractación finales, cuando escribió *El Evangelio en triunfo*, con la misma con-

tendencia asertiva con que niega las motivaciones de otros. «Dudar de la buena fe de estas palabras y atribuirles a interés o a miedo, sería calumniar la naturaleza humana, mentir contra la historia y no conocer a Olavide, alma buena en el fondo y de semillas cristianas, aunque hubiese pecado de vano, presumido y locuaz» (p. 501). ¡Conocer a Olavide! El santanderino lo conoce —y a todos los demás— tal como si hubiese pasado años tomando chocolate con él cada tarde.

Las pocas veces en que Menéndez Pelayo se muestra dubitativo, suele ser en contra del reo más que para concederle el beneficio de la duda. El escritor y activista protestante Juan Calderón, por ejemplo, tuvo una larga y atormentada trayectoria personal en su nueva fe y en ella no parece que exista ningún motivo fundado, salvo prejuicio o mala fe, para dudar de su convicción. En casos como el suyo, una duda desdeñosa resulta más destructiva que una certeza infundada: «se *convirtió* al protestantismo, Dios sabe con qué sinceridad» (p. 896). La cursiva en este pasaje es del propio Menéndez y esconde en sí misma todo un manifiesto ideológico.

Algunas de estas suposiciones, fruto del conocimiento de la naturaleza humana del que presume el santanderino, son más plausibles y razonables que otras, pero todas parten de una misma lógica perversa. Desde luego, como estrategia narrativa es más convincente una férrea posesión de la verdad que una modesta incertidumbre. El autor, encarnado en narrador —historiador— omnisciente, sabe lo que cada personaje piensa y siente, y, como un demiurgo, domina cada recoveco de su creación. El problema, no obstante, es que está escribiendo una historia del pensamiento español y que sus «personajes» son seres reales sobre cuyas íntimas motivaciones escribe con el mismo aplomo con el que describiría sus propios sentimientos.⁶

⁶ Por supuesto, la libertad narrativa nunca puede ser total. Para que estas biografías tuvieran el final narrativamente necesario, todas deberían concluir con un final ejemplar: caída en desgracia, muerte aterradora o conversión. Por desdicha, los imperativos de la historia no le dejan a Menéndez Pelayo tanto margen, aunque no pierde ocasión de añadir el cierre moral preciso cuando los datos le permiten tal lectura. La caída de Pombal y de Aranda, el arrepentimiento de Olavide, son algunos de los casos en que el relato obtiene su final providencial. «El volver de los sucesos castigó providencialmente a Aranda en tiempo de Carlos IV. [...] con el mismo arbitrio y despótico rigor con que él había tratado a los jesuitas, fue expulsado de la corte y conducido de castillo en castillo hasta su villa de Épila, donde murió confinado en 1798. ¡Cuán inapelables son los caminos del Señor!» (p. 491).

Y junto al dominio de la conciencia y actos de los protagonistas, posee una sofisticada técnica descriptiva para retratarlos. Como puede comprobar cualquier lector, uno de los elementos caracterizadores del estilo y la composición de los *Heterodoxos* son esas maravillosas etopeyas de los autores tratados, escritas con lo que podríamos denominar un *desbordamiento calificativo*. Pocos escritores sacaron tanto partido del idioma como Menéndez Pelayo al acumular ristra de adjetivos y denuetos sobre un personaje, agotando todos los registros del diccionario, desde el más castizo al más erudito. Se podría establecer un índice de maldad —o de heterodoxia— según el número de adjetivos y símiles que se amontonan sobre cada personaje: a más piezas en la enumeración, mayor heterodoxia y perversidad más peligrosa. Aunque tiene la prodigiosa habilidad de que cada elemento de una enumeración (des)calificativa posea su preciso matiz y aunque su gran propiedad en el uso del léxico le permite sortear el riesgo de una mera acumulación repetitiva, es evidente que la naturaleza de su técnica se basa en sumar más que en ahondar. El alarde del santanderino es, pues, más estilístico que analítico, porque raras veces este despliegue verbal, que convierte sus páginas en una delicia para el lector, sirve para desarrollar o diversificar los elementos críticos. En eso Menéndez Pelayo entronca con una larga tradición literaria española que tiene más talento en el arte de motejar que en el de razonar, y en ese sentido lo considero otra maniobra de distracción.

Los caminos del error.

«¡Cuán extraños son a veces los caminos del error y por cuán escondidas veredas llega a posesionarse del ánimo!» (p. 401). A pesar de esta aseveración, el santanderino nunca deja de identificar esos caminos, y traza con mano segurísima las rutas por las que cada heterodoxo extravía su entendimiento y corrompe su alma. Sus galerías de heterodoxos consisten en una investigación psicológica que rebusca en la biografía, el carácter y la obra del sujeto del que se trate el defecto, el vicio o la flaqueza que le hizo apartarse del buen camino y contribuir a la obra del Demonio en vez de la de Dios.

En muchas ocasiones, las reseñas de los personajes no analizan a fondo sus ideas o sus obras, sino que meramente constatan su inten-

ción y su naturaleza heterodoxa, cuya sola mención parece constituirse en réplica suficiente. Para estar escribiendo una historia intelectual y enjuiciando las ideas de diferentes pensadores y hombres de Estado, Menéndez Pelayo casi nunca se molesta en establecer la verdad de la que se apartan quienes siguen el camino extraviado: el mero registro del error basta, la Iglesia ya ha hecho el resto en cuanto a fijar la recta senda. Otras veces, cuando Menéndez Pelayo se explaya en exponer la obra y las opiniones de un autor, es con la intención de desacreditarlas, como ocurre en el caso ejemplar de Julián Sanz del Río, el fundador del krausismo, a quien dedica tal vez la sección más extensa y más destructiva dirigida contra un individuo particular. Tras poner de manifiesto su excentricidad y sus rarezas, y sugerir que estaba mal de la cabeza, Menéndez dedica varias páginas a una amplia revisión del contenido del principal libro de Sanz del Río, citando profusamente pasajes literales. Esos pasajes son tan abstrusos e ininteligibles, escritos en un castellano tan maltratado, que valen para el objetivo de descalificar a quien los escribió, sin necesidad de añadir nada. «Necesario era todo el enfadoso extracto que precede», concluye el autor de los *Heterodoxos*, «para mostrar claro y al descubierto el misterio eleusino que bajo tales monsergas se encerraba» (p. 948). Pero cuando sus personajes no se lo ponen tan fácil, prefiere escamotear la exposición extensa de sus ideas e insistir en aspectos moral o intelectualmente reprobables de sus biografías. El planteamiento no ofrece lugar a dudas:

Las revoluciones se dirigen siempre a la parte inferior de la naturaleza humana, a la parte de bestia, más o menos refinada o maleada por la civilización, que yace en el fondo de todo individuo. Cualquier *ideal* triunfa y se arraiga si andan de por medio el interés y la concupiscencia, grandes factores en filosofía de la historia (p. 833).

Para Menéndez Pelayo lo raro es encontrarse con un heterodoxo que no se pueda explicar por «el interés y la concupiscencia», por la parte bestial de la naturaleza humana. El hecho de que, siendo virtuoso y moralmente íntegro, alguien pueda deslizarse hacia el error religioso y abandonar el amparo de la Iglesia, es una perturbación que introduciría una quiebra en el orden del universo. Es lo que pasa con el extraño retrato de Luis Usoz, a quien don Marcelino no puede colgar en ninguna de sus habituales perchas para los apóstatas que se hacen pro-

testantes. Por una vez duda y afirma no tener la clave de esa conciencia, de esa idea, pero al hacer de esto la llamativa excepción que confirma la regla, vuelve a formular de modo meridiano su convencimiento de que las ideas heterodoxas son en esencia el fruto de un alma corrompida y de una inteligencia débil:

La heterodoxia de Usoz en uno de los ejemplos más señalados y extraordinarios de espejismo erudito que yo recuerdo. Los españoles que en este siglo han abrazado el protestantismo, todos o casi todos han salido de la Iglesia por los motivos más prosaicos, miserables y vulgares; todos o casi todos son curas y frailes apóstatas que han renegado porque les pesaba el celibato. [...] Pero Usoz no; Usoz era seglar y era opulentísimo; no pudieron moverle, y en efecto no le movieron, ni el acicate del interés ni el de la concupiscencia (p. 900).

Se duele luego de no poder «escribir aquí punto por punto, como yo deseara por ser caso psicológico curiosísimo, las variaciones y tormentas de su conciencia, que es el punto principal en la vida de todo disidente de buena fe. Sólo llego a columbrar que, entregado Usoz a la lectura y libre interpretación...» (p. 901). Así pues, si el disidente es de buena fe, se convierte, a falta de las explicaciones acostumbradas, en un caso clínico de estudio, una rareza psicológica que, al fin y al cabo, alguien mejor dotado que Menéndez Pelayo, ya que no él, conseguirá algún día explicar. Por fortuna para el santanderino, persona de firmes convicciones y de afirmaciones rotundas, eso le ocurre en contadísimas ocasiones. O perversos, o enfermos, no parece haber otra alternativa.

Pecados intelectuales.

En el plano estrictamente intelectual, Menéndez Pelayo suele ubicar la heterodoxia en una incapacidad para la grandeza del pensamiento, en particular en la incapacidad de acceder a un sistema metafísico. Para él, los pensadores heterodoxos suelen ser medianías que, por no poder comprender las sutilezas de la verdad, la abaten hasta su propio y rastrero nivel de raciocinio. Voltaire era, por ejemplo, un «entendimiento mediano, reñido con la metafísica y con toda abstracción; incapaz de enlazar ideas o de tejer sistemas» (p. 324). Así le ocurre tam-

bién a Melchor de Macanaz —primer autor al que individualiza en la parte de los *Heterodoxos* que estoy analizando—, reo de regalismo y de escribir al servicio de sus amos políticos, pero sin mancha de errores dogmáticos, a quien denomina como «antipático» (p. 353), de inteligencia «tardía y algo confusa» (p. 354), «escritor tan prolífico como desaliñado, nada escrupuloso en achaques de estilo» (p. 360), de «erudición indigesta, muchas veces inútil y parásita» (p. 360). Las moderadas doctrinas políticas de Jovellanos tampoco son un modelo para Menéndez Pelayo, «como ningún otro sistema ecléctico y de transición, aunque distemos mucho de considerarlas como heterodoxas» (p. 563). Sanz del Río, una de sus bestias negras particulares, era «hombre de ninguna libertad de espíritu y de entendimiento estrecho y confuso, en quien cabían muy pocas ideas, adhiriéndose estas pocas con tenacidad de clavos» (p. 936). Pero quizá ninguna caracterización intelectual sorprenda más —hablo ahora como andaluz— que la del demócrata sevillano Nicolás María Rivero, «en quien», asegura, «con intermitencias y dejadeces meridionales centelleaba un entendimiento claro y sintético» (p. 886). Cierto que Rivero era inteligente, aunque meridional, pero es mejor eso que nada.⁷

Por otra parte, el pecado que más pierde a los sabios es la soberbia, la vanidad, el deseo desmedido de brillar. Ese orgullo de la razón conduce a menudo al error. Menéndez Pelayo acusa de ese pecado capital a muchos de los heterodoxos de carácter menos grave, a los que salva por otros méritos intelectuales. Así el jesuita Masdéu, que en su *Historia de España* sostuvo algunas tesis jansenísticas, lo hizo fruto de «manías [...] propias de su genio áspero, indómito y soberbio» (p. 483), porque «adolecía de una ilusión histórica y de una soberbia científica desmedida» (p. 484) y era «incapaz de guardar término ni mesura en nada» (p. 484). Esa vanidad se manifiesta también en la testarudez de no admitir nunca un error, en la falta de humildad intelectual. A su admirado Mayans, que sólo erró en su regalismo, le reprocha llevar «demasiado lejos el espíritu crítico, mezclado con cierta aspereza y terquedad de carácter y con una vanidad literaria superior a todo lo creíble» (p. 368).

⁷ Son varias las ocasiones a lo largo de la *Historia de los heterodoxos* en que Menéndez Pelayo usa con desprecio la condición andaluza de algún pensador, ajustándose perezosamente al tópico de que los sureños son de imaginación febril y vana, exagerados, decisores y superficiales.

Otro amor intelectual del santanderino, el P. Andrés Marcos Burriel, igualmente regalista y defensor de los derechos de la Iglesia española en los que se basaban las pretensiones de los reyes frente a Roma, estaba mediatizado por el chovinismo, otra forma de orgullo de la razón: «ce-gábale aquella íntima devoción suya, aquel, mejor diré, entusiasmo y fanatismo por todas las cosas españolas, y, sobre todo, por nuestra antigua liturgia, por nuestros concilios y por las tradiciones de nuestra Iglesia» (p. 370). No obstante, en Burriel la obcecación intelectual avanza un grado hacia la manía obsesiva, a la manera de un nuevo Don Quijote enloquecido en su aislado mundo de libros, que será algo que reaparezca en bastantes de los literatos a quienes Menéndez Pelayo llama a juicio en su proceso contra la heterodoxia española: «*bispanismo* lamentable, o más bien engañoso espejismo, propio de quien vive entre libros y papeles viejos y se absorbe todo en la ilusión de lo antiguo» (p. 370). Le falta perspectiva para elevarse sobre sus papelajos y manuscritos, para ver el orden general de las cosas, diseñado por Dios. Le falta de nuevo espíritu sistemático, algo que el santanderino nunca perdona, pero también le sobra la soberbia del sabio que se enamora del trabajo de buscar la verdad más que de la verdad misma, que es un baldón que arroja como un guante sobre el rostro de Pierre Bayle, cuyo *Dictionnaire* fue lectura de cabecera de los enciclopedistas del XVIII:

[...] enorme *congeries* de toda la erudición menuda amontonada por dos siglos de incesante labor filológica; repertorio de extrañas curiosidades, aguzadas por el ingenio cáustico, vagabundo y maleante del autor, enamorado no de la verdad, sino del trabajo que cuesta buscarla, y amigo de amontonar nubes, contradicciones, paradojas y semillas de duda sobre todo en materias históricas (p. 323).

El tipo satírico del sabio loco perdido entre sus papeles y con el sentido de la realidad estragado, que sólo se apunta levemente en los casos de Burriel y de Bayle, lo vemos en toda su plenitud con el ácido y combativo exiliado liberal Antonio Puigblanch:

[...] hombre de extraña catadura y avinagrado genio, estudiantón petulante, algo orientalista y envuelto siempre en gran matalotaje de apuntamientos; [...] llegaba su pobreza y su extravagancia hasta tener que componer él mismo, a guisa de cajista, las feroces diatribas con que cada día molestaba a sus compañeros de emigración (p. 773).

Por ese camino, se entra de tapadillo en el terreno de las patologías mentales, acogiéndose al recurso más del gusto de Menéndez Pelayo para desacreditar a sus heterodoxos, sobre todo los del XIX, y que luego se estudiará monográficamente: la extravagancia rayana en demencia. Otro pecado intelectual propio de estos dos siglos vacuos, vanidosos y superficiales, estos siglos de *ilustrados* y de *progresistas*, es el afán de seguir la moda y con ello buscar la fama en la sociedad, en el que han naufragado muchos escritores y pensadores, como le reprocha a Eximeno cuando «cayó» en la filosofía sensualista:

¡Singular poder de la moda, y cuán pocos se sustraen de él! El hombre que con tanto desenfado propugnaba no ya el sensualismo lockista, sino la moral utilitaria, con resabios deterministas, y hasta la teoría del placer, al modo de los epicúreos o de la escuela cirenaica, era un religioso ejemplar y católico a toda ley (p. 523).

En ocasiones, este reproche sirve para calificar categorías humanas completas, como la de los jóvenes estudiantes: «los estudiantes son siempre de la oposición, y poco les importa de qué calidad sea lo nuevo, con tal que la novedad lo proteja» (p. 529). También es un vicio propio de políticos fatuos, ansiosos de lucir como modernos y recibir los elogios de los intelectuales pasando por grandes reformadores. Así es el caso de Urquijo, «personaje ligero, petulante e insípido, de alguna instrucción, pero somera y bebida por lo general en las peores fuentes; lleno de proyectos filantrópicos y de utopías de regeneración y mejoras; hombre *sensible y amigo de los hombres*, como se decía en la fraseología del tiempo; perverso y galicista escritor, con alardes de incrédulo y aun de republicano» (p. 464), «como *enfant terrible* de la Enciclopedia, quería hacer con la Iglesia alguna barrabasada que le diera fama de librepensador y de campeón de los derechos del hombre» (p. 465).

Convertir la sabiduría o el gobierno en una competición para seguir las modas del día y brillar en los salones es un reproche frecuente en Menéndez Pelayo para los heterodoxos del XVIII y el XIX. Se vincula de pleno a la era de los saberes divulgativos, así como al temperamento frívolo, jocoso y superficial de los *philosophes*, vulgar talento de contador de chistes que el santanderino asocia indisolublemente al vol-

terianismo, al ensayismo y al periodismo.⁸ Feijoo «fue, más que filósofo, pensador, más que pensador, escritor de revistas o de ensayos a la inglesa. No quiero hacerle la afrenta de llamarle periodista, aunque algo tiene de eso en sus peores momentos, sobre todo por el abandono del estilo y la copia de galicismos» (p. 376).⁹ El fino y volteriano embajador José Nicolás de Azara es otro ejemplo de su inquina hacia los ingenios decidores, en un retrato que muestra el malévolo talento descriptivo de Menéndez Pelayo, que puede convertir los elogios en armas de doble filo:

[...] espíritu cáustico y maleante, hábil sobre todo para ver el lado ridículo de las cosas y de los hombres; rico en desenfados y agudezas de dicción [...]; ingenio despierto y avisado, muy sabedor de letras amenas, muy inteligente en materia de artes, aunque juntaba la elegancia con la timidez; epicúreo práctico, volteriano en el fondo, aunque su propio escepticismo le hacía no aparentarlo (p. 454).

Aunque pueda parecer contradictorio, Menéndez Pelayo censura según los casos un vicio y su contrario. Así, en cuanto a las actitudes intelectuales, le parecen igual de nefastas la contumacia en sostener las mismas ideas inquebrantablemente y la volubilidad de cambiarlas de acuerdo con las circunstancias. Todo depende de si las ideas son buenas o malas, puesto que ser firme en la verdad e inconstante en el error es virtud, pero a la inversa es vicio. En efecto, la persistencia tenaz en una idea —algo que con más simpatía podría denominarse coherencia— es el principal cargo lanzado contra su detestado Quintana (al que, sin embargo, admira como poeta):

[...] fue en todo un hombre del siglo XVIII y [...] habiendo vivido

⁸ «Los periodistas, mala y diabólica ralea, nacida para extender por el mundo la ligereza, la vanidad y el falso saber, para agitar estérilmente y consumir y entontecer a los pueblos, para halagar la pereza y privar a las gentes del racional y libre uso de sus facultades discursivas, para levantar del polvo y servir de escabel a osadas medianías y espíritus de fango, dignos de remover tal cloaca» (p. 543).

⁹ Menéndez Pelayo, no obstante, no considera a Feijoo un heterodoxo y defiende su carácter cristiano. Aunque pone mucho énfasis en restarle importancia frente a la tradición cultural española inmediatamente anterior, los elogios que le dedica son casi tan grandes como los reparos. Su adopción incompleta y timorata del sistema atomista la explica «por falta de resolución o por templanza de espíritu, por no querer pensar en ello» (p. 376).

ochenta y cinco años y muerto ayer de mañana, vivió y murió *progresista*, con todos los resabios y preocupaciones de su juventud y de su secta, sin que la experiencia le enseñase nada ni una sola idea nueva penetrase en aquella cabeza después de 1812. Por eso se condenó al silencio en lo mejor de su vida (p. 552).

No obstante esto, la inconstancia —siempre que no signifique pasarse de la mala a la buena causa, esto es, arrepentirse— también basta para descalificar a un autor. «El P. Monteiro era desertor de todos los campos» (p. 521), dice de uno de ellos con desprecio. Pero cuando este reproche llega al extremo es en el caso de José María Blanco y Crespo (Blanco White), a quien dedica una de las biografías más largas y elaboradas, con amplio desarrollo narrativo y gran alarde de estilo. El vicio que define al sevillano Blanco y que determina su caída en la heterodoxia, es la debilidad de carácter, la falta de una sólida fibra moral, la hipersensibilidad degenerada en inconsistencia y perpetua huida.

Toda creencia, todo capricho de la mente o del deseo se convirtió en él en pasión; y como su fantasía era tan móvil como arrebatado y violento su carácter, fue espejo lastimosísimo de la desorganización moral a que arrastra el predominio de las facultades imaginativas sueltas a todo galope en medio de una época turbulenta (pp. 790-791).

Lo presenta en su retrato y biografía como un ser voluble, que cambiaba continuamente de convicciones, que se dejaba llevar por una mente desordenada incapaz de fijar una creencia, siempre en busca de nuevas verdades por la mera necesidad de buscar, pero que se mueve sin ton ni son, sin sentido. La imagen que hizo circular Menéndez Pelayo sobre Blanco White como un hombre de ideas volátiles, atormentado por una duda perpetua, ha hecho una gran fortuna en la crítica —incluso sigue haciéndola— y, como suele ocurrir en la mayor parte de los personajes contruidos por el santanderino para los *Heterodoxos*, tal imagen posee apariencia de verosimilitud a partir de un examen superficial de los hechos biográficos y de los escritos y testimonios del autor. Tampoco en este caso se preocupó de ahondar más allá de tales superficies, pues el afán de Menéndez Pelayo es siempre más el de identificar el origen moral del error, que el de comprender la lógica interna y externa del pensamiento, la vida y la obra de los errados. Ya se verá que Blanco White fue injustamente acusado de cambiar de religión por cau-

sa de las flaquezas carnales, pero lo cierto es que un examen serio de los datos no permite acusarle de buscar su conveniencia ni de obrar de mala fe en sus cambios de religión, así que el santanderino tiene que insistir en otro nivel, el de la inconsistencia de las certezas y la volubilidad de la mente. Como he dedicado más de seiscientas páginas a establecer la coherencia y la lógica de la evolución de Blanco White,¹⁰ no insistiré más en ello, limitándome a afirmar que el siguiente célebre retrato del sevillano es un perfecto ejemplo de acomodo en el engaño de las apariencias, y de exageración interesada, que también es una forma de mentira:

Así pasó sus trabajos e infelices días, como nave sin piloto en ruda tempestad, entre continuas apostasías y cambios de frente, dudando cada día de lo que el anterior afirmaba, renegando hasta de su propio entendimiento [...]; alma débil, en suma, que vanamente pedía a la ciencia lo que la ciencia no podía darle, la serenidad y templanza de espíritu, que perdió definitivamente desde que el orgullo y la lujuria le hicieron abandonar la benéfica sombra del santuario (p. 791).

Otro pecado intelectual, pero que, como el de inconstancia que acabo de mencionar, se desliza ya en buena medida por el lado de las flaquezas morales (en este caso, la cobardía, la codicia o el cínico escepticismo), es el que Menéndez Pelayo fulmina contra la mayor parte de la corriente liberal conservadora del siglo XIX, comenzando por los afrancesados y pasando luego a los liberales moderados, los unionistas y los conservadores de Cánovas: el doctrinarismo. Les reprueba la incapacidad para tener unas ideas firmes y sólidas, para ser fieles a una doctrina de carácter absoluto; los gobiernos conservadores de todo el siglo se han dedicado —acusa— a estabilizar y arreglar los desastres de la revolución, pero sin revertir sus excesos, aceptando la esencia de los cambios sociales y legales introducidos por los diferentes gobiernos progresistas. Son personas y grupos que sólo piensan en su propio poder, que sacralizan la autoridad del gobierno y la administración, y que se pliegan a cualquier transacción para perpetuarse en el mando. En realidad, sólo dan tiempo para que la siguiente revolución les barra de nuevo. «De los [personajes de la escuela sevillana] que no llegaron tan allá [como Marchena y Blanco en la heterodoxia] fue carácter común el *doc-*

¹⁰ Cf. Fernando Durán López, *Blanco White o la conciencia errante*, Fundación José Manuel Lara, Sevilla 2005.

trinarismo político, elástico, acomodaticio y atento solo a la propia conveniencia. Casi todos se afrancesaron, unos por afición, otros por miedo» (p. 562).

Si el doctrinarismo y la falta de convicciones es el pecado de los conservadores, el pecado simétrico de los pocos ilustrados del XVIII y progresistas del XIX que actuaban con sinceridad en sus ideas es el utopismo, ridiculez propia de gentes bobas y alejadas de la realidad. El revolucionario tonto más que malvado —pero igual de dañino— aparece con alguna frecuencia en las etopeyas de don Marcelino. El poeta Cienfuegos era, según él, «soñador aéreo y utopista que paca y alimenta su espíritu con quimeras de paz universal y se derrite y enloquece con los encantos de la dulce amistad [...]. Pasma tanto candor, verdadero o afectado» (p. 550). Pero Cienfuegos queda redimido ante Menéndez Pelayo por su muerte heroica oponiéndose a los franceses en la guerra, y eso justifica la necesidad de «excusar» sus extravíos; el utopismo es un atenuante que el santanderino sólo aplica a los pocos heterodoxos que, sin serlo demasiado, tienen algún otro título para granjearse la estimación nacional.

Pecados del poder.

La historia de las ideas de Menéndez Pelayo es también una historia política, una historia del poder. Quizá eso merecería una reflexión de hasta qué punto ha asociado los conceptos de ortodoxia y heterodoxia, no al debate de las ideas, sino a la imposición de la verdad. La Inquisición, la monarquía, la persecución de la herejía, la organización del Estado y de la vida social, son materias preferentes de sus alegatos en favor o en contra de autores, libros o ideas; en más de una ocasión sostiene que, bien mirado, no hay ningún problema social o de gobierno que en última instancia no pueda reducirse a una cuestión teológica. Desde ese punto de partida, la historia de las ideas acaba convirtiéndose en una historia general y los políticos y estadistas son legítimos protagonistas en ella. No tiene mucho de extraño, entonces, que tengan sus pecados y flaquezas peculiares.

La frialdad dictatorial y autoritaria es el mal que aqueja a la mayor parte de los políticos y estadistas del XVIII, inflexibles, pagados de sí mismos y vengativos. El ejemplo más claro es el marqués de Pombal,

«tipo de excepcional perversidad entre los muchos estadistas despóticos, fríos y cautelosos que abortó aquella centuria» (p. 420). Su completo retrato dibuja el perfil de lo que para Menéndez Pelayo significa el prototipo del hombre de Estado cuando no está inspirado por principios católicos:

Hombre de estrecho entendimiento, de terca e imperatoria voluntad, de pasiones mal domeadas, aunque otra cosa aparentase; de odios y rencores vivísimos, incapaz de olvido ni misericordia; en sus venganzas insaciable, como quien hacía vil aprecio de la sangre de sus semejantes; empeñado en derramar a viva fuerza y por los eficaces medios de la cuchilla y de la hoguera la *ilustración* y la *tolerancia* francesas; reformador injerto en déspota; ministro universal empeñado en regular lo máximo como lo mínimo con ese pueril lujo de arbitrariedad que ha distinguido a ciertos tiranuelos de América [...], ejerció implacable una tiranía a veces satánica y a veces liliputiense. Abatió al clero por odio a Roma y al catolicismo, como quien había bebido las máximas de la impiedad en los libros de los enciclopedistas, por cuyos elogios anhelaba y se desvivía. Abatió la nobleza, no por sentimientos de igualdad democrática, muy ajenos de su índole, sino por vengar desaires de los Tavoras, que habían negado a su hijo la mano de una heredera suya. La historia de la expulsión de los jesuitas de Portugal parece la historia de un festín de caníbales (p. 421).

En idéntica línea camina el retrato, algo más suave, del conde de Aranda, el equivalente español más cercano al estadista portugués: «de férreo carácter, avezado al despotismo de los cuarteles, ordenancista inflexible, Pombal en pequeño, aunque moralmente valía más que él y tenía cierta honradez brusca a estilo de su tierra; impío y enciclopedista [...]; reformador despótico, a la vez que furibundo partidario de la autoridad real» (p. 437). En un escalón inferior se sitúa el retrato de Florida-Blanca, más burócrata y arribista que otra cosa, pues los tópicos caracterológicos de Menéndez Pelayo no le dejan atribuir despotismos y arrogancias nobiliarias a alguien de la extracción social y profesional de Moñino:

Era hijo de un escribano de Murcia, y había hecho su carrera paso tras paso, con habilidad de abogado mañoso, y por el ancho camino de halagar las opiniones reinantes. Sabía menos que Campomanes, pero

tenía más talento práctico y cierta templanza y mesura; hombre de los que llaman *graves*, nacido y cortado para los negocios; supliendo con asidua laboriosidad y frío cálculo lo que le faltaba de grandes pensamientos (p. 453).

Para Menéndez Pelayo, en efecto, entre los ministros de la Ilustración —y también del siglo XIX— los del primer nivel suelen ser déspotas fríos y aristocráticos, pero los siguientes se explican por el arribismo y la ambición social, vicio característico de los *homines novi*, que no pueden faltar en ningún relato de decadencia política y moral de un país, a quienes desdeña con cierto espíritu aristocrático realmente impropio. El modelo del arribista es Pablo de Olavide —antes de su conversión final, que Menéndez Pelayo se cree a pies juntillas—, aventurero ligero y encandilado por el éxito social, prototipo de la mediocridad lustrada por los buenos modales y de la ignorancia atrevida.

Gallardo de aspecto, cortés, elegante y atildado en sus modales, ligero y brillante en la conversación, cayó en gracia a una viuda riquísima [...] y logró fácilmente su mano. [...] agradable, insinuante, culto a la francesa, con aficiones filosóficas y artísticas, que alimentaba en sus frecuentes viajes a París; ostentoso y espléndido, corresponsal de los enciclopedistas y gran leyente de sus libros, hacía ruidoso y vano alarde de sus proyectos innovadores. [...] Era medianísimo en todo, de instrucción flaca y superficial, propio no más para deslumbrar en las tertulias, donde el prestigio de la conversación suple más altas y peregrinas dotes (pp. 492-493).¹¹

Pero al esquema narrativo del mal ministro corresponde necesariamente, como un inevitable correlato, el del príncipe abúlico y bobo que se deja malgobernar por quienes le rodean. Ese papel lo ejercen

¹¹ Vinculado al arribismo, pero ya al margen de la ética del poder, en un sentido más amplio, es frecuente la acusación contra los intelectuales que dieron paso a la filosofía igualitarista de ser unos resentidos. Rousseau es muestra clara para Menéndez Pelayo del resentimiento de clase como motivo de la heterodoxia política y social: «En política era demócrata, y no por más altos motivos que por haber nacido en condición plebeya y humilde, que él llegó a realzar con el entendimiento, nunca con el carácter, y por mirar de reojo toda distinción y privilegio y juzgarse humillado en aquella sociedad, que, sin embargo, le recibió con los brazos abiertos y no se cansó de aplaudir sus paradojas sobre la desigualdad» (p. 327).

Carlos III y Carlos IV, porque con Fernando VII es mucho menos comprensivo y con Isabel II más reticente, por más cercana y por lealtad monárquica. De Carlos III dice que «era hombre de cortísimo entendimiento, más dado a la caza que a los negocios, y, aunque terco y duro, bueno en el fondo y muy piadoso, pero con devoción poco ilustrada» (p. 428), un «beato *inocente*» (p. 428) que no controló a sus consejeros. Esa pareja formada por el ministro maquiavélico y el príncipe débil genera por sí misma una trama de naturaleza conspirativa: la soberanía ha sido suplantada por oscuras voluntades particulares que bastan para torcer todo el curso de la historia de la nación, de espaldas al pueblo y a la auténtica voluntad colectiva. Carlos III, «aquel monarca, piadoso, pero cortísimo de alcances y dirigido por un fraile tan ramplón y vulgar como él, estaba literalmente secuestrado por la pandilla de Aranda y Roda, que Voltaire llamaba *coetus selectus*» (p. 490).

Pecados morales: codicia y lujuria.

Los pecados morales son quizá donde Menéndez Pelayo echa más leña al fuego y, por su gravedad, esas flaquezas suelen quedar reservadas a los heterodoxos que considera más dañinos. Siguiendo su visión pesimista del género humano, las motivaciones de los pensadores extraviados suelen ser las más mezquinas: la codicia de bienes materiales y la debilidad de la carne.

El pecado de codicia, por ejemplo, es característico del clero regalista, del jansenismo y de los círculos del poder, cuya heterodoxia consiste en enfrentarse por razones egoístas a la legítima autoridad de Roma. Así, el cardenal Julio Alberoni es definido por su «codicia simoniaca» (p. 361), una desmedida ansia de rentas y riquezas. Al ser defraudado por el papa en su pretensión de recibir la mitra sevillana, se convirtió en furibundo regalista, «con más talento que fortuna y con más fortuna que conciencia» (p. 362). Caballero era un «ruin cortesano [...] y hombre que se ladeaba a todo viento» (p. 465); Llorente, otro trepador, «hombre ladino y harto laxo de conciencia, quería hacer efecto [...] e ir medrando, ya que los vientos soplaban por esa banda [del jansenismo]» (p. 471), «asalariado por Godoy, asalariado por los franceses, asalariado por la masonería y siempre para viles empeños» (p. 680); Villanueva, por su parte, «brujuleaba una mitra» (p. 478), «era hombre de [...] varia

lectura y de juicio penetrante y seguro, siempre que la pasión o el propio interés no le torcían» (p. 478) y su *Catecismo del Estado* «es libro adulatorio de la potestad monárquica, por méritos del cual esperaba obispar» (p. 479). También Juan Antonio Llorente, igual que la mayor parte de los jansenistas y afrancesados —reúne ambas cualidades—, es definido por Menéndez Pelayo como un adulator del poder atento en exclusiva a sus intereses personales más mezquinos:

[...] perdidas sus antiguas esperanzas de obispar y mal avenido con su dignidad de maestrescuela de Toledo, que le parecía corto premio para sus merecimientos, encontró lucrativo, ya que no honroso, el meterse a incautador y desamortizador con título de *director general de Bienes Nacionales* (pp. 675-676).

Los reproches de don Marcelino en este terreno, como en otros, desafían a menudo los mismos datos que él proporciona, por medio de un abusivo uso de la lógica. De cierto autor del que no sabe apenas nada, Félix Antonio de Alvarado, Menéndez Pelayo encuentra fácilmente la causa de su paso del anglicanismo al cuaquerismo: «la iglesia anglicana debió de pagar mal a Alvarado; lo cierto es que para subsistir tuvo que refugiarse en la mansa, benévola e iluminada secta de los cuáqueros» (p. 401). Lo que el santanderino tiene documentado es que el citado apóstata era pobre de solemnidad y que pidió a los cuáqueros que le socorriesen tras haber dedicado meses a traducir el principal libro teológico de la secta. Un apologista podría haber deducido de los mismos datos que Alvarado era un hombre pío que sacrificaba su propio bienestar a la causa de su fe, pero la mirada hostil lo transforma —con igualmente escaso fundamento— en una pluma mercenaria que cambia de fe en busca de ingresos.

También a Manuel Matamoros y a su círculo de protestantes andaluces, encarcelados y procesados con gran escándalo europeo en tiempos de Isabel II, Menéndez Pelayo les niega la sinceridad en su fe. Los considera unos hombres rudos e incultos, más republicanos y socialistas que reformadores religiosos: «el protestantismo era sólo un pretexto, un cebo o una añagaza para explotar la caridad de los devotos ingleses» (p. 907). Resulta extraño que la codicia les lleve a profesar una fe que les proporcione una vida regalada... en la cárcel y en el exilio, pero Menéndez no halla la menor contradicción en eso.

Otra de las flaquezas humanas que Menéndez Pelayo no perdona es la incontinencia de las pasiones, la corrupción sexual. A este respecto el retrato del poeta portugués Manuel María Barbosa de Bocage, célebre por su obra erótica y su vida crapulosa, es muestra de una concepción de la juventud moralmente estragada que recuerda inevitablemente los célebres capítulos en que Salustio describe a los jóvenes patricios romanos corrompidos por Catilina:

[...] era quizá el hombre con más condiciones nativas de poeta que había aparecido en Portugal desde Camoens. Pero la falta de doctrina, de estudio y de sosiego; lo inquieto y arrebatado de su índole, extremosa así en lo bueno como en lo malo; la depravación callejera y el desorden y oprobio tabernario de su vida; el ansia de fáciles aplausos; la miseria de carácter, propia del menesteroso baldío, le hicieron dar con su conciencia moral y literaria por los suelos, prostituir su musa indignamente sobre las mesas de los cafés, arrastrarla por todos los lodazales de la obscenidad, de la baja adulación y del insulto descocado, vivir al día en círculo estrechísimo y malsano, sin cuidado de la gloria ni verdadera devoción al arte; consumir su existencia en brutales excesos báquicos o en amoríos de casa pública más brutales aún y derramar la mejor parte de su ingenio en el estéril ejercicio de la improvisación (p. 574).

La lujuria y la depravación sexual es, efecto, una de las más socorridas y habituales acusaciones de Menéndez Pelayo contra los heterodoxos. Igual que Catilina halagaba los vicios de sus partidarios, para hacerse con su voluntad, el enciclopedismo es un modo de explicar la impotencia para resistirse a la tentación: «quizá el secreto deseo y esperanza de encontrar en la mala filosofía justificación o excusa para sus vicios y torpezas de cada día y de cada hora, que por grados parecían llevarle al embrutecimiento, le condujeron a alardear de liberalismo y de impiedad» (p. 575). La misma idea late en sus ataques a otros impíos, ateos o deístas, los *esprits forts* del enciclopedismo y sus herederos españoles: «la efímera y trashumante corte del rey José, de la cual formaron parte principalísima casi todos los literatos y abates volterianos de que queda hecha larga memoria en capítulos anteriores y toda la hez de malos frailes y clérigos mujeriegos y desalmados, recogida y barrida de todos los rincones de la Iglesia española» (p. 684).

Pero el caso de Bocage y los impíos de la Ilustración es una minucia —jóvenes corrompidos, un simple poeta, frailes mujeriegos...—

comparado con los otros sujetos contra los que se proyecta el pecado de la carne, andanada dirigida en particular contra los sacerdotes que apostatan o se hacen protestantes. Una frase famosa, que lo dice todo: «El protestantismo no es en España más que la religión de los curas que se casan, así como el islamismo es la religión de nuestros escapados de presidio en África» (p. 1000).¹² Tal exabrupto podría bastar para caracterizar toda una forma de entender la condición humana, siempre débil, siempre acechada por el estigma del pecado, siempre dispuesta a caer. Es también un excelente recurso narrativo, pues poner amoríos en estas historias les da un sabor novelesco que, una vez más, desvía de cuestiones más trascendentes. Eso puede verse bien en la brevísima noticia consagrada a Lorenzo Lucena, que no tiene desperdicio y es casi una novela en embrión: una novela de amores, claro está. La copio íntegra para que se vea el peso del elemento biográfico en comparación con el contenido bibliográfico o ideológico en un autor tan menor como este, en el que, de hecho, la biografía, el perfil humano, lo es todo.

[...] natural de Aguilar de la Frontera y ex rector del seminario de San Pelagio, de Córdoba. Huyó a Gibraltar, *propter genus foemineum*, en una noche de ventisca y truenos, en compañía de un contrabandista y de una prima suya, de quien el Lucena estaba locamente enamorado. En Gibraltar renegó, se casó, y empezó a trabajar, por encargo de la Sociedad Bíblica, en la revisión del *Antiguo y Nuevo Testamento* traducidos por Torres Amat. Tradujo, además, algunos librillos de propaganda extractados de *Las contemplaciones*, de Hall. Vivía, hace poco tiempo, desempeñando en Oxford una enseñanza en lengua castellana (p. 899).

Dentro de los límites que impone su pudor decimonónico, que le veta entrar en las materias más atrevidas de las biografías y las obras de sus personajes, aprovecha siempre que puede para descalificarlos por estar presos de sus impulsos carnales, argumento de fácil calado en la mentalidad popular, que parece venir avalado por una continuada experiencia de la naturaleza humana. Nada mejor que ese otro exabrupto con que concluye su exposición de los motivos de Blanco White para

¹² Insiste varias veces a lo largo de su obra en la misma idea, como cuando menciona que Juan Calderón, ex fraile convertido en propagandista protestante, «en 1845 se volvió a Burdeos con su mujer (ningún clérigo español de los que se hacen protestantes deja de tomarla)» (p. 896).

emigrar a Inglaterra y hacerse luego clérigo anglicano: «aprenda [el lector] a qué atenerse sobre las teologías y liberalismos de Blanco. ¡Que siempre han de andar faldas de por medio en este negocio de herejías!» (p. 799).¹³

De la forma de proceder en este punto de don Marcelino puede ser ilustrativo el caso del sacerdote liberal del entorno krausista Fernando de Castro, que por ser alguien cercano y muy vinculado a su Universidad le resultaba particularmente odioso. De él bosqueja un retrato durísimo, que combina varias de sus acusaciones preferidas: debilidad de carácter, ambición de poder, ignorancia y lujuria. Pero interesa en particular la forma maliciosa en que se ocupa de este último cargo:

[...] lo que pervirtió a D. Fernando de Castro fue su orgullo y pretensiones frustradas de obispo, su escaso saber teológico junto con medianísimo entendimiento [...]. De las demás causas no hay por qué hablar, puesto que él se guardó el secreto en su conciencia. Él niega que la licencia de costumbres influyera en su caída, y yo no tengo interés en sostener lo contrario. A su muerte se escribió y creyó por muchos que D. Fernando de Castro estaba *casado* (sic), pero sus testamentarios lo desmintieron, y a tal declaración hemos de atenernos (p. 959).

¹³ Cabe precisar que este malvado comentario se basa en la acusación que Blanco vertía sobre sí mismo de haberse envilecido por la inmoralidad carnal durante su etapa como cura católico descreído. Blanco exageró mucho ese reproche en el tiempo en que estuvo bajo el influjo de la retórica puritana y automortificadora del anglicanismo evangelista; en años posteriores, al revisar ese periodo, da una imagen mucho más atenuada e inocente sobre su caída en el pecado carnal. Por otra parte, Menéndez Pelayo da pábulo a las calumnias difundidas por Gallardo y por otras malas lenguas sobre que Blanco tenía varios hijos y que fue a Inglaterra para ampararlos legalmente con su nombre. De ahí el santanderino deduce que «incrédulo en aquella fecha, lo mismo pesaba una religión que otra, ni había más ley que la propia conveniencia» (p. 800), para luego sentenciar que su conversión al anglicanismo se explicaba por «la esperanza de honores y estimación social para él y para sus hijos» (p. 804). Lo peor es que todo era falso, aunque Menéndez Pelayo no lo supiera y se dejase llevar por habillitas malintencionadas: en realidad Blanco sólo tuvo un hijo, cuya existencia conoció años después de afincarse en Inglaterra; luego lo trajo consigo y se ocupó siempre de él, pero durante mucho tiempo no lo presentó en público como hijo suyo y tampoco contrajo matrimonio nunca. El proceso narrativo del historiador actúa, no a partir de los datos, sino de los prejuicios: esa historia calumniosa *parece* cierta, porque ya ha decidido que si un cura se hace anglicano sólo puede ser por flaqueza de la carne.

Dudar de este modo no es muy diferente de afirmar. No es un silencio piadoso, sino más bien despreciativo, acaso también un modo de protegerse de posibles demandas. La acusación horrible de haberse casado en secreto, siendo cura, se puede aquilatar mejor con otros silencios, estos sí declaradamente piadosos, que tapan vergüenzas de personajes con quienes Menéndez Pelayo se identifica más. Leamos las oscuras palabras dedicadas a Blas de Ostolaza, el feroz diputado absolutista de las Cortes de Cádiz, entre cuyos muchos servicios se cuenta el de haber predicado en 1814 unos sermones terribles incitando al pueblo contra los cabecillas liberales que meses antes habían sido encarcelados en Madrid: «varón no ciertamente de costumbres ejemplares (lo cual ya le había valido, y le valió después, reclusiones y penitencias), intrépido y sereno hasta rayar en audaz y descocado, pero no falto de entendimiento ni de cierta desaliñada facundia» (p. 706). Lo que Menéndez Pelayo considera necesario ocultar con lýtotes eufemística es que en 1817, siendo director del Hospicio de la Misericordia de Murcia, fue acusado de corruptor de sus jóvenes pupilas, encerrado en la Inquisición y más adelante confinado en un convento.¹⁴ El lector tiene derecho a preguntarse por qué ese dato real y público se oculta, mientras que el posible matrimonio de un cura (algo que, aunque clandestino, sigue siendo bien diferente del estupro) es desdeñosamente insinuado. El criterio descalificador sólo funciona en una dirección. ¿Qué hubiera dicho el santanderino si Ostolaza fuera un diputado liberal en lugar de absolutista? ¿Le habría quedado algún adjetivo en el tintero? Seguramente la biografía de Bocage que ya he reproducida hubiera parecido tibia frente a la que en ese caso se habría escrito.¹⁵

¹⁴ Blas de Ostolaza acabó siendo preso y fusilado en 1835 en uno de los episodios de la lucha revolucionaria de ese periodo. Véase Alberto Gil Novales, *Diccionario biográfico del Trienio Liberal*, El Museo Universal, Madrid 1991, p. 493.

¹⁵ Para ser ecuanímes hay que reseñar que, cuando habla de los ataques desaforados que lanzó Puigblanch contra Villanueva, se niega a recoger ciertas acusaciones de tipo moral «quizá calumniosas, tales algunas que fuera osado y punible intento transcribirlas» (p. 773). Pero si con Ostolaza no quiso publicar una verdad, ahora lo que no quiere publicar es una posible mentira.

Locos, aventureros y extravagantes.

Quisiera ahora llamar la atención sobre el título de uno de los capítulos de los *Heterodoxos*, que reza: «Tres heterodoxos españoles en la Francia revolucionaria. Otros heterodoxos extravagantes o que no han encontrado fácil cabida en la clasificación anterior». En ese capítulo, en verdad, es cuando el santanderino comienza a exponer por sistema un amplio muestrario de rarezas y extravagancias —un auténtico gabinete de historia natural con aberraciones dignas de estudio¹⁶— que caracterizan lo que, a su juicio, va a ser la heterodoxia revolucionaria y anticlerical de fines del XVIII y de todo el siglo XIX, a la que reserva su mayor agresividad y desprecio. Deja ya de lado a los jansenistas, regalistas y clérigos ilustrados que poblaban con su ambición y sus extravíos intelectuales el nefasto periodo borbónico, y se desliza hacia extremos hacia los que muestra menor comprensión y también mucha menor argumentación filosófica o teológica. En su escala graduada de errores, el máximo de heterodoxia coincide siempre con el máximo de la extravagancia personal, y ambas suelen coincidir sospechosamente con el exilio y con la revolución.

En efecto, para Menéndez Pelayo el error se manifiesta no sólo en el vicio de corazón o de entendimiento, sino de igual modo en la rareza, en algo que parece ser mera excentricidad —que podría ser tan inocente como eso—, pero que en realidad es una forma de vincular lo heterodoxo con lo anormal. He de insistir en el engaño conceptual que implica esta suerte de antropología de la heterodoxia. Los autores de fines del XVIII y de todo el XIX a los que prodiga burlas, desdenes y reproches por sus vidas de novela, sus cambios de fortuna, sus viajes o sus aventuras, no han tenido unas peripecias extremas por casualidad,

¹⁶ No empleo el término «aberraciones» en modo figurado, sino que tal concepto refleja perfectamente la postura de Menéndez Pelayo ante la heterodoxia como una enfermedad intelectual, que puede incluso tener un correlato físico. «Para completar el retrato de este singular personaje [Marchena], diremos que, según relación de sus contemporáneos, era pequeñísimo de estatura, muy moreno, y aun casi bronceado de tez, y horriblemente feo, en términos que, más que persona humana, parecía sátiro de las selvas» (p. 661). Y el final del cap. 2 del lib. VIII está dedicado, literalmente, a unas cuantas «aberraciones heterodoxas aisladas» (p. 915), auténtico pabellón psiquiátrico según la visión del santanderino. De Puigblanch, por otra parte, cuyo retrato parece llevar a un límite paroxístico el habitual desbordamiento calificativo, se dice: «fuera de estas aberraciones individuales, los refugiados en Somers-town...» (p. 775).

sino como un efecto directo de la persecución, la clandestinidad, el exilio, la miseria, el celibato forzoso, las desgracias de la guerra y el sectarismo: es decir, el extenso rosario de problemas y circunstancias inherentes a la disidencia en un sistema político, social y religioso opresivo. ¿Es que puede resultar casual que entre las filas de los ilustrados radicales o de los liberales doceañistas haya biografías tan despendoladas y destinos tan comprometidos? También en lo ideológico, pero mucho más aún en lo biográfico, sería un milagro pedir un alarde de coherencia y de estabilidad a personas que por lo general han sido puestas a prueba en peligros, crisis y amenazas tan fuertes que difícilmente dejan incólume al individuo más templado. Pero Menéndez Pelayo razona al revés: son heterodoxos, porque son raros y extravagantes (por maldad, enfermedad o mero aventurerismo), cuando la conclusión lógica es la contraria, que tienen vidas extravagantes porque son heterodoxos. Así las víctimas de la falta de libertad quedan convertidos en culpables de sus propios destinos. Es la falacia argumentativa que en lógica se conoce como *post hoc, ergo propter hoc*, hacer pasar por causalidad la mera sucesión de acontecimientos.

El simple hecho de que en el capítulo recién citado agrupe en una misma secuencia al teósofo místico Martínez Pascual, al teofilántropo Andrés María de Santa Cruz, al abate Marchena y a un puñado de beatas visionarias y milagreras, indica que algo va mal. Podría convenirse en que el espiritualismo místico e iluminado da unidad a esos autores, pero en ese caso ¿qué pinta Marchena en tal compañía?¹⁷ En cambio, la relación con Francia no se cumple para las beatas y Pascual no es del periodo revolucionario, puesto que murió en 1779. El que sale perjudicado de esta agrupación es, obviamente, Marchena, quien queda igualado con una serie de personas que sí pueden ser calificadas como excéntricas y delirantes; así resulta él también otro loco más, huido a la impía Francia como, al parecer, se sugiere que hacen todos los locos en España.

De Martínez Pascual no conoce ningún dato biográfico salvo su «ralea judía» (p. 625) y que creó «una especie de secta, mezcla informe de cábala y tradiciones rabínicas, de gnosticismo y teosofía, de magne-

¹⁷ Lo que vagamente pudiera justificar su presencia es que, cuando estaba preso en París con otros amigos girondinos, inventaron por burla un culto religioso imaginario para mortificar a un pío benedictino que compartía celda con ellos.

tismo animal y de espiritismo, complicado todo con el aparato funéreo y *mistagógico* de las sociedades secretas» (p. 625). De Andrés María de Santa Cruz tampoco sabe gran cosa, lo que no empece para que lo despache con su acostumbrada rotundidad: «natural de Guadalajara y sujeto de no vulgar instrucción, lo estafalarío de su carácter y sus ideas le habían tenido casi siempre en la miseria, que él arrastró por todas las capitales de Europa» (p. 632). Es con Marchena con quien se emplea a fondo, dramatizando en sus páginas la lucha entre la admiración que le provocan su talento literario y su bizarra personalidad, y el hondo desprecio que siente por sus ideas y su talante anticlerical.

[...] ardiente e impetuoso, impaciente de toda traba, aborrecedor de los términos medios y de las restricciones mentales, indócil a todo yugo, proclamaba en voz alta lo que sentía, con toda la imprevisión y abandono de sus pocos años y con todo el ardor y vehemencia de su condición inquieta y mal regida (p. 634).

Al contar su vida y valorar su figura, insiste en la nota de las rarezas y las novelerías: «Marchena no hizo gran fortuna ni siquiera con los afrancesados, gracias a su malísima lengua, tan afilada y cortante como un hacha, y a lo áspero, violento y desigual de su carácter, cuyas rarezas, agriadas por su vida aventurera y miserable, ni sus mejores amigos perdonaban» (p. 649). «Hoy sólo nos queda de tanta brillantez, que pasó como fuego fatuo (semejante, ¡ay!, a tantas otras brillanteces meridionales), algunas traducciones, algunos versos, el recuerdo de la novela de su vida y el recuerdo mucho más triste de su influencia diabólica y de su talento abortado por la impiedad y el desenfreno» (p. 661). La novela de su vida se parece a otras tantas vidas novelescas y aventureras a las que Menéndez Pelayo se refiere casi a cada paso. Esa vida es suficiente condena para un autor del que apenas se molesta en concretar su heterodoxia, ya que ocupa esta larga reseña en el relato biográfico y en cuestiones puramente literarias, conformándose con formular cargos generales de ateísmo, impiedad, volterianismo y gusto por escandalizar. «En materias religiosas, sociales y políticas llevaba hasta la temeridad su ansia de novedades y sólo vivía del escándalo y por el escándalo» (p. 653). Es, pues, una suerte de paquete genérico de espíritu libertino y revolucionario: su propia vida le condena. «Todas estas y otras infinitas extravagancias que se omiten prueban que Marchena fue toda su vida un estudiante medio loco, con mucha ciencia y mucha gracia, pero sin

tudiante medio loco, con mucha ciencia y mucha gracia, pero sin seriedad ni reposo en nada» (p. 661).

Del diputado doceañista Terrero, cura de Algeciras, hace un contundente retrato de unos pocos renglones, construido en torno a los términos «demagogo populachero», «estrafalario», «violento», «desmandado», «furibundo», «desgreñado» y «violento», para terminar completándolo con una referencia al «ceceo andaluz marcadísimo con que sazonzaba sus cuentos y chascarrillos» (p. 720). La única vaga referencia específica a las ideas del diputado, al contenido de su acción política, es que «frisaban con el más furibundo y desgreñado republicanismo» (p. 720), lo que no parece una caracterización ideológica muy completa. ¿Para qué, si el retrato moral ya lo dice todo?

George Borrow se le antoja «personaje estrafalario y de pocas letras, tan sencillo, crédulo y candoroso como los que salen con la escala a recibir a los Santos Reyes» (p. 887) y hace un resumen muy chusco de su «extravagantísimo libro» *La Biblia en España*, sin olvidarse de anotar cada detalle novelesco y cada una de sus «mil aventuras grotescas y especies y juicios singulares acerca de nuestras costumbres» (p. 891). Presenta al autor, de quien maneja una información bastante deficiente, como un pobre tonto a quien todos engañaban y nadie tomaba en serio... empezando por don Marcelino, que llama persona «de pocas letras» a alguien que dominaba una larga lista de lenguas antiguas y modernas, y que tiene una obra densa y variada en materias muy diferentes. Nada de eso, sin embargo, aparece en su noticia biográfica.

En fin, la enumeración suma y sigue: la extravagancia, la novela, los destinos sorprendentes y la aventura asaltan al lector cada pocas páginas. Cabarrús era un «aventurero francés» (p. 465), de cuyas «fortunas sucesivas [...] no hay que hablar; fueron tan variadas como inquieta y móvil su índole, viéndose ya en el poder, ya en las cárceles de Batres; ora festejado como salvador y regenerador, ora maldecido como intrigante y afrancesado» (p. 513). «El famoso aventurero Van Halen» (p. 743), de quien se asegura que «tienen carácter de farándula y novela las *Memorias* que luego escribió contando su prisión y fuga de los calabozos inquisitoriales, que apenas es posible discernir en ellas la parte de verdad» (p. 743). De igual modo, Moreno Guerra es «otro personaje extravagantísimo, caballero andaluz, muy dado a la lectura de Maquiavelo, a quien citaba inoportunamente a cada paso, orador risible e incontinente» (p. 755). Patricio de la Escosura resulta ser «uno de los tipos más singulares

que han cruzado por nuestra arena política y literaria, hombre de más transformaciones que las de Ovidio y más revueltas que las del laberinto de Creta» (p. 873). De José María Moralejo se dice que dejó su parroquia «para dedicarse a la vida aventurera de clérigo liberal y patriota» (p. 915). De su maestro de hebreo, y uno de los pocos hebraístas de nota del XIX español, desdeña «las extravagancias rabínico-cabalísticas» (p. 957), mientras que su proyecto de reforma del clero abunda «en genialidades propias y exclusivas de la índole excéntrica del autor» (p. 846). Gallardo no es sino «este singular personaje, tan erudito como atrabiliario» (p. 702), cuyas «rarezas de carácter [...] y sus inauditas maneras de adquirir libros peregrinos requerirían un libro entero, no menor que éste, para su enumeración» (p. 709). Sanz del Río era «un buen señor castellano, natural de Torre Arévalo [...], antiguo colegial del Sacromonte, de Granada, donde había dejado fama por su piedad y misticismo, y algo también por sus rarezas» (p. 936), pero este desdeñoso retrato no es nada frente a lo que dice unas páginas más adelante: «en el intervalo [de sus dos visitas a Alemania] [...] residió en Illescas [...], haciendo tales extravagancias, que las gentes le tenían por loco. Y realmente da algo que sospechar del estado de su cabeza [...] una carta enormísima y [...] tenebrosa...» (p. 939).

Especímenes y especies.

Si la heterodoxia es un vicio o una enfermedad de los individuos, también es cierto que se puede clasificar en especies colectivas. Con mucha frecuencia, los retratos de Menéndez Pelayo dan paso a auténticas tipologías de heterodoxos, en los que los factores individuales quedan subsumidos. Así, de Martín Merino, el frustrado regicida de 1852, dice don Marcelino que era:

[...] *specimen* curioso y no indigno de memoria entre nuestros heterodoxos. Profesaba las más radicales doctrinas políticas y religiosas, pero su carácter sombrío, misantrópico y solitario le había tenido en la oscuridad hasta que el crimen le sacó de ella. Era un pedante de colegio, sin alma y sin entrañas, al modo de los de la revolución francesa, igual a ellos en la terquedad de carácter, en fanatismo indómito y en la arrojada temeridad (p. 871).

En este sucinto retrato se pueden observar algunas de las notas habituales que ya han quedado registradas en este estudio: la sospecha de locura, la asociación entre rareza y heterodoxia y entre esta y el crimen. Pero me interesa ahora llamar la atención sobre la parte final de la etopeya, la que intenta adscribir el espécimen individual (Martín Merino) a la especie a la que pertenece (el pedante de colegio de la revolución francesa). Este mismo recurso se puede detectar en otros muchos de los retratos heterodoxos, como cuando define a Antonio María García Blanco como «tipo acabadísimo del clérigo progresista de 1837, revolucionario de sacristía no comprendido por los revolucionarios de barricada» (p. 846).

El caso más agresivo de tipología genérica se da con los krausistas, cuya parte más sustancial he copiado en la cita que abre este artículo. Junto a ellos, los diversos tipos de revolucionarios y los «demócratas de cátedra» agotan su inventiva y su hiel. Hay que tener en cuenta que Menéndez Pelayo se vuelve más virulentamente sectario y más violento en sus retratos conforme se acerca a su época y habla de acontecimientos que aún vive en caliente, sin la distancia que permita conservar un punto de frialdad crítica que sí mantiene, a su modo, en el resto de los *Heterodoxos*. En Menéndez Pelayo, esa agresividad se derrama por el lado de la ironía y la sátira, haciendo algunas de las mejores páginas polémicas del libro precisamente en este último tramo, pleno de talento literario, aunque no es el talento de un historiador de las ideas, sino más bien el de sus detestados periodistas, o el de los autores de artículos de costumbres. El siguiente pasaje, que no tiene desperdicio, es una excelente muestra de la pluma satírica del joven Menéndez Pelayo, aplicada al retrato tipológico:

El tipo del demócrata de cátedra, tal como estuvo saliendo de nuestras aulas desde 1854 a 1868, no ha de confundirse con el demagogo cantonalista, especie de forajido político, que nunca se ha matriculado en ninguna universidad ni ha sido socio de ningún ateneo. El demócrata de cátedra, cuando no toma sus *ideales políticos* por *oficio* o *modus vivendi*, es un ser tan cándido como los que en otro tiempo peroraban en los colegios contra la tiranía de Pisístrato o de Tiberio. Para él, el rey, todo rey, es siempre el *tirano*, ese ente de razón que aparece en las tragedias de Alfieri, hablando por monosílabos, ceñudos, sombríos, e intratable para que varios patriotas le den de puñaladas al fin del quinto acto, curando

así de plano todos los males de la república. El sacerdote es siempre el impostor que trafica con los *ideales muertos*. Por eso, el demócrata rompe *los antiguos moldes históricos y comulga* en el *universal sentimiento religioso de la humanidad*, concertando en vasta síntesis los *antropomorfismos y teogonías* de Oriente y Occidente. A veces, para hacerlo más a lo vivo, suele alistarse en algún culto positivo, buscando siempre el más remoto y estraçalario, porque en eso consiste la gracia, y, si no, no hay *conflicto religioso*, que es lo que a todo trance buscamos. El ser ateo es una brutalidad sin chiste, propia de gente soez y de licenciados de presidio; el verdadero *demócrata es eminentemente religioso*, pero no *en la forma relativa y falta de intimidad* que hemos conocido en España, sino con otras formas más íntimas y absolutas. Así, v. gr., se hace *protestante unitario*, cosa que desde luego da golpe [...]. Y yo tuve un condiscípulo de metafísica que, animado por los luminosos ejemplos que entonces veía en la universidad, tuvo ya pensado hacerse *budista*, con lo cual, ¿qué *protestante liberal* hubiera osado ponerse delante? (pp. 871-872).

Cualquier tiempo pasado fue mejor.

Si resulta que los enciclopedistas, por ejemplo, desarrollan unas ideas comunes, con una misma base intelectual, un acervo de conceptos y argumentos, unos principios y unas ciertas aplicaciones a la realidad de la época, ¿cómo es posible a la vez postular que los distintos enciclopedistas llegan a esa plataforma filosófica el uno por su inmoderada ambición, el otro por ignorancia osada, el de más allá por lujuria carnal, el siguiente por resentimiento y soberbia, por abandonar la sujeción sacerdotal o por adular a los poderosos? El hecho de que los diferentes vicios individuales conduzcan a posiciones filosóficamente comunes y constantes no hace sino constatar que, aunque se niegue, el adversario es la idea y no la persona, y que ambos planos pueden separarse. Esa antropología pesimista que he descrito necesita, pues, ser enlazada con un plano colectivo que proporcione una estructura general a la historia narrada y otorgue un sentido a las heterodoxias individuales. De lo contrario, su historia de la disidencia habría resultado una galería de retratos inconexos de sujetos enloquecidos, endiosados o envilecidos, una «olla podrida» —por recurrir a un símil del gusto del santanderino— formada por elementos dispares, sin más orden que la sucesión cronológica. Y no lo es, es una estructura ordenada de errores.

Para ver el error como un sistema —un antisistema, mejor, puesto que se sostiene que su única naturaleza es oponerse a las verdades cristianas preexistentes—, y no sólo la suma de muchos errores individuales, en los *Heterodoxos* se percibe claramente una macrotrama narrativa —o una filosofía de la historia, si se prefiere— marcada por la lucha eterna entre el bien y el mal, según la cual, cumpliendo el ciclo de la decadencia de la humanidad, en el mundo cristiano —para el santanderino no hay otro— se produce una nueva invasión de los bárbaros, una invasión en el interior de las conciencias. La corrupción de la humanidad, que desde el pecado de Adán forma parte esencialísima de la propia naturaleza del hombre, genera la impiedad revolucionaria, que es a la vez el resultado lógico, la culminación necesaria y el castigo providencial de una inmoralidad generalizada:

[...] como la perversión moral había relajado todo carácter y marchitado la voluntad en los poderosos, infundiendo al mismo tiempo en las masas todo linaje de odios, envidias y feroces concupiscencias, la revolución tenía que venir, y vino tan fanática y demoledora como ninguna otra en memoria de los hombres. [...] Cuando la fe se pierde, ¿qué es el mundo sino arena de insaciados rencores o presa vil de audaces y ambiciosos, en que viene a cumplirse la vieja sentencia: *homo homini lupus?* (p. 330).

Los revolucionarios son a la vez víctimas y verdugos, devorados fieramente por las mismas fuerzas que han desencadenado. Los baños de sangre que jalonan esta época tienen un papel preciso en eso: catarsis colectiva para los pecados colectivos, glorioso martirio para los virtuosos que testimonian heroicamente su fidelidad al bien y justa condena para los réprobos. Así exclama el santanderino: «hasta dónde había llegado la podredumbre y de cuán hondo abismo vino a sacarnos providencialmente la guerra de la Independencia» (p. 467).

Al concretar esta idea general de la decadencia para el caso español, Menéndez Pelayo adjudica a los siglos XVI y XVII un papel de Edad de Oro, mientras que el XVIII es un ininterrumpido retroceso al barro y la inmundicia originarias del ser humano. El eje de conexión de todos los episodios e individuos particulares resulta ser, pues, una caída colectiva, movida entre bastidores por una conspiración diabólica. En el conflicto sempiterno entre Dios y el Diablo, entre la verdad y la menti-

ra, los siglos XVIII y XIX conocen el desmedido avance de las fuerzas malignas.

Cuando vemos repetirse el mismo hecho en todas las monarquías de Europa, y a *la filosofía sentada en todos los tronos*, [...] en medio [...] de todas estas coincidencias y del método y de la igualdad con que todo se ejecuta, ¿quién dudará ver en todo el continente un solo movimiento, cuyo impulso inicial está en Francia, y del cual son dóciles adeptos y servidores, cual si obedeciesen a una secreta consigna, todos estos consejeros, reyes, ministros y hasta obispos? (p. 487).

En ese sentido, todos los capítulos que narran el desarrollo del pensamiento español y europeo posterior al advenimiento de los Borbones al trono de San Fernando marcan una línea cronológica en la que cada etapa supera con creces a la anterior. La heterodoxia de una generación es siempre más grave y más alarmante que la de la precedente, hasta llegar al máximo en los tiempos coetáneos del joven Menéndez Pelayo de 1882, que ha conocido el Sexenio Democrático, desprecia el conservadurismo acomodaticio de Cánovas y no ve posibilidades de reversión en el curso de la decadencia, a no ser por un particular favor de la Providencia.

Ese movimiento progresivo, aunque se corresponde de hecho con el desarrollo cronológico de las ideas filosóficas europeas, aparece resaltado por la técnica expositiva de Menéndez Pelayo, que combina una estructura temporal con otra conceptual, separando los diferentes niveles de heterodoxia, incluso si son contemporáneos. La sensación de progreso hacia la impiedad y el mal es parcialmente inducida por un tipo de narración en el que se prescinde de comprender cada época como un todo integrado, como un sistema social único en el que interaccionan distintas ideas, grupos e intereses. El narrador aísla diferentes corrientes ideológicas, las separa hábilmente en grupos y las coloca a continuación en forma de escala progresiva de heterodoxia, en la que cada peldaño supone un agravamiento respecto al anterior: la primera etapa es el regalismo, ambición de poder temporal de los príncipes más que impiedad auténtica; luego el jansenismo, que afecta ya a un gran número de aspectos doctrinales de la fe católica; de ahí se pasa a «la impiedad francesa del siglo XVIII, vulgarmente conocida con el nombre de enci-

clopedismo» (p. 486);¹⁸ y así sucesivamente se pasa de idea en idea en reiterados agravamientos que construyen un hilo narrativo firme, en el que el protagonismo no lo tienen los heterodoxos, ni tampoco las diferentes heterodoxias, sino una especie de fantasmal, única y diabólica Heterodoxia, el auténtico gran personaje del libro.

La idea de la decadencia es el marco teleológico general de todo el sistema expuesto por Menéndez Pelayo. Su filosofía de la historia, que es la usual en la mayoría del pensamiento cristiano tradicional, pero en cuyo afán de sistema se nota el contagio de las grandes corrientes filosóficas idealistas del XIX, está imbuida de la pesadísima carga del pesimismo antropológico judeocristiano. La esencia del hombre es el pecado y su destino la caída, aunque la providencia divina le ofrece siempre la capacidad de elegir entre el pecado y la virtud. Ahora bien, entre el plano individual y el colectivo aún falta un enlace lógico. Ese enlace proviene de la existencia de un oculto sentido en los acontecimientos: es lo que podemos denominar, sin exceso, la teoría de la conspiración.

Las virtudes de un etcétera o la teoría de la conspiración.

La herejía moderna es radical y absoluta; herejía sólo en cuanto nace de la cristiandad; apostasía en cuanto sus sectarios reniegan de todos los dogmas cristianos, cuando no de los principios de la religión natural y de las verdades que por sí puede alcanzar el humano entendimiento. Ésta es la impiedad moderna en sus diversos matices de ateísmo, deísmo, naturalismo, idealismo, etc. (p. 318).

¡Etcétera! Aquí el uso del etcétera significa, ni más ni menos, la identidad —mejor, la confusión— de todo el pensamiento moderno, como si todo cuanto se opusiese a la ortodoxia católica se definiese mucho más por tal negación que por su propia afirmación, que es distinta en cada corriente o escuela de pensamiento. A quien está instalado en una cómoda ortodoxia le parece que cuantos se alejan de ella tienen en común precisamente el ser su enemigo, por lo tanto para él lo que

¹⁸ «No bastan las tradiciones regalistas, no basta el jansenismo francés o pistoyano para explicar aquella lucha feroz, ordenada, regular e implacable que los consejeros de Carlos III y de Carlos IV [...] emprendieron contra la Iglesia en su cabeza y en sus miembros» (p. 487).

importa es que todos los enemigos son *sm*s enemigos y, en cierto modo, eso hace que su mente no los distinga. Pasar de eso a una teoría conspirativa de carácter paranoico es sumamente fácil y tal paso se ha producido en muchas ocasiones en la historia del pensamiento. Al pensar que todas las tendencias del pensamiento moderno —y otras más antiguas, como el judaísmo, el paganismo o la Reforma— están secretamente entrelazadas en un combate contra la verdad, se otorga una condición única y antropomórfica al Enemigo, y se reactualiza una filosofía maniquea de la historia como combate singular y eterno entre Dios y el Demonio, entre el bien y el mal. Los ismos de la filosofía y la religión no son más que máscaras aparentes del mismo contrincante, negando la evidencia de que muchos de los adversarios que se combaten son a su vez enemigos entre sí (el ateísmo y el protestantismo, por poner un solo ejemplo).¹⁹

Así pues, por citar casos específicos, la expulsión de los jesuitas la presenta Menéndez Pelayo como efecto de un complot: «la conspiración de jansenistas, filósofos, parlamentos, universidades, cesaristas y profesores laicos contra la Compañía de Jesús proseguía triunfante su camino» (p. 434). Y para conspiraciones secretas, por supuesto, siempre está a mano la masonería, cuyo poder no exagera, pero tampoco desdeña. «Por los días de Fernando VI empezó a hablarse con terror y misterio de cierta congregación tenebrosa, a la cual de aquí en adelante vamos a encontrar mezclada en casi todos los desórdenes antirreligiosos y políticos que han dividido y ensangrentado a España» (p. 387). Insiste mucho en el papel de las sociedades secretas para explicar, sobre todo, la acción de los liberales en el periodo 1814-1823. Las Cortes de Cádiz y su deriva liberal se le antojan, como a todo el pensamiento reaccionario de entonces y de después, una conjura de minorías secretamente concertadas contra la opinión mayoritaria del pueblo. Así asegura que Gallardo escribió el *Diccionario crítico-burlesco*, por citar un episodio significativo, porque «conmovióse la grey revolucionaria, y designó para responder al anónimo diccionarista al que tenían por más agudo, castizo y

¹⁹ Esa teoría de la conspiración tiene un amplio arraigo en la tradición del pensamiento reaccionario con la que se identifica Menéndez Pelayo, en autores como Hervás y Panduro o como el Padre Ceballos, el título de cuya obra lo dice a las claras: *La falsa filosofía o el ateísmo, deísmo, materialismo y demás nuevas sectas convencidas de crimen de Estado*. Es la misma idea que late en la retórica franquista sobre la conjura judeomasónica, marxista y separatista.

donairoso de todos sus escritores» (p. 702). Esa forma de expresarse sugiere que en una oscura habitación del Cádiz doceañista se congregó una suerte de directorio revolucionario secreto para examinar los currículos de sus escritores y elegir el más apropiado para dar la réplica al *Diccionario razonado manual*. Si esto parece una lectura exagerada, no hay más que leer lo que dice más adelante, cuando afirma que la inicial indignación contra Gallardo se alteró después cuando «de pronto, la escondida y artera mano de las sectas cambió totalmente el aspecto de las cosas» (p. 705).

Conclusión.

Lo que he escrito hasta aquí implica un elogio literario —y erudito— hacia Menéndez Pelayo, pero también —soy consciente de ello y no lo rehúyo— una condena moral, un juicio de valor. A mi juicio, la totalidad de los *Heterodoxos* puede verse, en una gran medida, como un magno ejercicio de argumento *ad homines*, que en cada página parte de la falacia lógica que descalifica las ideas por la persona que las profesa, o que toma dichas ideas como un subproducto de sus flaquezas. Los recursos descriptivos y narrativos empleados con enorme habilidad literaria por parte de Marcelino Menéndez Pelayo convierten la lectura de su libro en un placer, pues dota de colorido, de fuerza y de emoción lo que, de otra manera, podría haber sido un tratado intelectual muy árido. Pero no hay que olvidar nunca que esto supone un engañoso proceso de «literaturización» del estudio ideológico e histórico. Tanto detalle sobre las vidas y personalidades, tanto gusto por remarcar los aspectos «novelescos» o «romancescos» de sus peripecias, tanto arte y precisión en los retratos personales pueden antojársenos tan sólo como un rasgo de amenidad narrativa, pero no es simplemente un modo de «sacar partido» a personajes y situaciones, por usar su propia expresión: es una auténtica patologización de la heterodoxia, que implica un concepto pesimista de la condición humana. Tales maniobras de distracción alejan la mirada de los auténticos conflictos ideológicos y los convierten en el subproducto de una patología individual. Desde el momento en que el protagonismo se desplaza de la idea a la persona, es posible postular un universo conceptual de carácter atemporal, universal y estático, en el que las ideas, los principios, no son el resultado de las personas que

usan sus facultades racionales, sino un *a priori* que sólo es objeto de conocimiento —esto es, de descubrimiento— por el hombre, pero no de discusión. Las verdades están ahí, y los individuos revolotean alrededor de ellas como polillas cegadas por un fanal, alejándose o acercándose torpemente, cayendo o elevándose en sus patéticos intentos de encontrar una ruta entre un laberinto de errores. Sólo la virtud y la sabiduría, entendidas ambas como humilde acatamiento a las verdades divinas custodiadas por la Iglesia, con humana imperfección asistida por la Providencia, aseguran el acceso a la luz. Quienes se alejan de la verdad lo hacen siempre por sus propios deméritos, conducidos por falsos guías: sus flaquezas y sus pecados.

FERNANDO DURÁN LÓPEZ
UNIVERSIDAD DE CÁDIZ